

Líneas de avance y propuestas de acción sobre salud mental en Iberoamérica

Tamara Díaz Fouz

Las intervenciones previas de este encuentro nos han ofrecido un diagnóstico amplio y fundamentado sobre la situación de la salud mental en Iberoamérica. Hoy disponemos de evidencia suficiente sobre los factores que incrementan el riesgo, sobre aquellos elementos que actúan como protección y también sobre el papel que desempeñan la educación y la escuela en la promoción del bienestar.

La cuestión que me gustaría plantear ahora es **¿cómo podemos convertir toda esa evidencia acumulada en propuestas de acción para la región?**

Y quisiera hacerlo a partir de dos reflexiones. La primera tiene que ver con las **líneas de avance** que podemos impulsar desde lo que ya sabemos y desde las experiencias que están desarrollándose en distintos países. La **segunda** se refiere al papel que puede desempeñar la **cooperación iberoamericana** para ordenar esos esfuerzos, conectarlos y contribuir con respuestas más articuladas y sostenibles.

SOBRE LA PRIMERA CUESTIÓN, LÍNEAS DE AVANCE PARA LA REGIÓN:

Existe un punto de partida compartido al entender que la salud mental, especialmente entre niños, niñas y jóvenes que crecen en entornos cada vez más digitalizados, se ha convertido en uno de los desafíos estructurales más relevantes para nuestras sociedades y nuestros sistemas educativos. Y esta realidad exige actuar en distintos niveles al mismo tiempo:

- En **primer lugar**, es necesario **incorporar la salud mental como un componente estructural de las políticas públicas y educativas**. En muchos países ya se están dando pasos importantes en esta dirección, pero persisten desafíos relacionados con la gobernanza, la coordinación intersectorial y la financiación (en promedio, la región destina menos del 3 % del gasto sanitario). La salud mental no puede abordarse como una intervención puntual ni como un simple programa específico. Requiere marcos de actuación que articulen educación, salud, protección social y cuidados, así como alianzas con universidades, organizaciones multilaterales, sociedad civil y otros actores con capacidad para ampliar el alcance de las respuestas.

- Pero, al mismo tiempo, existe un **segundo espacio fundamental de actuación: la escuela**. Como se ha señalado a lo largo de este encuentro, la escuela no puede ni debe convertirse en un sistema clínico paralelo. No puede asumir sola responsabilidades que corresponden a otros sectores. Pero sí constituye un espacio privilegiado para la prevención, la detección temprana, el acompañamiento y la promoción del bienestar.

Fortalecer la escuela implica fortalecer a toda la comunidad educativa. Implica, en primer lugar, apoyar al **profesorado**. Asistimos hoy a una realidad compleja: los docentes desempeñan un papel esencial en la construcción de entornos seguros y protectores, pero al mismo tiempo enfrentan crecientes niveles de presión, sobrecarga y desgaste profesional con altas tasas de abandono. Diversos informes advierten sobre el impacto que estas condiciones están teniendo en la profesión docente y sobre las dificultades para atraer y retener nuevos profesionales. En América Latina y el Caribe se estima que serán necesarios millones de docentes adicionales durante los próximos años para cubrir las necesidades del sistema educativo. Por ello, resulta imprescindible avanzar en una doble dirección: fortalecer la formación inicial y continua en competencias socioemocionales y detección temprana, pero, al mismo tiempo impulsar medidas para proteger el bienestar de quienes sostienen cotidianamente las escuelas.

Fortalecer la escuela implica también trabajar con las **familias**. La experiencia de la pandemia mostró con claridad hasta qué punto el bienestar emocional de niños y adolescentes está profundamente vinculado a sus relaciones, a sus entornos cotidianos y a los vínculos familiares y comunitarios. Reforzar la relación entre escuela y familia sigue siendo una condición indispensable para cualquier estrategia de promoción del bienestar.

Implica igualmente escuchar a los propios **estudiantes**. La participación de niños, niñas y jóvenes no constituye un elemento accesorio de las políticas educativas. Generar espacios de escucha o mecanismos para incorporar su voz representa un factor de protección que contribuye a comprender mejor sus necesidades, fortalecer su sentido de pertenencia y diseñar respuestas más ajustadas a sus realidades.

Finalmente, hablar de salud mental en educación también supone reflexionar sobre **qué enseñamos y cómo enseñamos**. Los sistemas educativos necesitan continuar incorporando **competencias socioemocionales**, convivencia, bienestar y ciudadanía digital como parte de una visión integral del desarrollo humano. Y hacerlo prestando especial atención a la **transformación digital**. Porque la tecnología puede abrir enormes oportunidades, pero necesita incorporar criterios claros de bienestar y protección: alfabetización digital crítica, prevención de riesgos como el ciberacoso o la sobreexposición y, sobre todo, una **mirada que sitúe siempre a la persona en el centro**.

Desde la OEI, desde nuestra experiencia de trabajo regional observamos que la salud mental se ha consolidado como una prioridad creciente en la agenda educativa de los países iberoamericanos. Si bien esta preocupación venía desarrollándose desde hace años, es posible identificar **dos grandes momentos** que han contribuido a acelerar el debate y la acción en este ámbito:

El **primero fue la pandemia**, donde pudimos comprobar cómo el cierre prolongado de los centros educativos afectó no solo a los aprendizajes, sino también a dimensiones fundamentales para el desarrollo integral, especialmente entre los más pequeños y entre quienes ya se encontraban en situaciones de vulnerabilidad. La pandemia tuvo además el efecto de visibilizar cuestiones que muchas veces permanecían en segundo plano. Nos recordó que el bienestar emocional no es un elemento accesorio del desarrollo educativo, sino una condición necesaria para que el aprendizaje pueda producirse. Y puso de relieve la importancia de actuar de manera temprana, antes de que las dificultades se consoliden y generen efectos más profundos a lo largo de la trayectoria vital.

En este contexto, una de las áreas en las que la OEI hemos venido trabajando de manera sostenida es, precisamente, la **primera infancia**. A través de la Red Iberoamericana de Administraciones Públicas para la Primera Infancia y de distintas iniciativas desarrolladas en un Programa regional junto a los países, hemos impulsado espacios de diálogo técnico, campañas de sensibilización, trabajo con familias y programas orientados a fortalecer entornos protectores para niños y niñas.

La experiencia acumulada en este ámbito confirma una idea que hoy cuenta con amplio respaldo científico: la salud mental comienza mucho antes de la aparición de los síntomas. La primera infancia constituye una ventana crítica para el desarrollo socioemocional, la prevención y la construcción de factores de protección que acompañarán a las personas a lo largo de toda su vida.

El **segundo gran punto de inflexión** es el momento que vivimos actualmente, marcado por la **aceleración tecnológica** y, particularmente, por la expansión de la **inteligencia artificial (IA)**. Nos encontramos ante una transformación que está modificando la forma en que aprendemos, nos relacionamos, accedemos a la información y construimos nuestras experiencias cotidianas. Como toda gran transformación, abre oportunidades extraordinarias, pero también plantea interrogantes profundos sobre el bienestar, la convivencia y el desarrollo de las nuevas generaciones.

En este sentido, resulta especialmente significativa la reflexión que plantea la reciente encíclica **Magnifica Humanitas** del Papa León XIV. El texto subraya la necesidad de situar la dignidad humana en el centro del desarrollo tecnológico y recuerda que la educación desempeña un papel insustituible en la formación integral de la persona.

Esta reflexión conecta de manera directa con uno de los principales desafíos educativos de nuestro tiempo. La cuestión no es únicamente cómo incorporar nuevas tecnologías a los sistemas educativos, sino cómo hacerlo preservando aquello que hace posible una educación verdaderamente humana: la capacidad de establecer vínculos, desarrollar pensamiento crítico, construir sentido y cuidar el bienestar de las personas.

Desde esta perspectiva, **la OEI** ha impulsado durante los últimos años un **programa regional de transformación educativa digital**, orientado a la producción de conocimiento en torno a la IA y la educación. Más recientemente, este trabajo ha dado lugar a nuevas propuestas sobre cómo promover entornos digitales más seguros y protectores para la infancia y la juventud, acciones todas ellas que desarrollamos a través de alianzas y colaboraciones con otros actores, organizaciones, reafirmando la idea de que **logramos respuestas más eficaces cuando coordinamos esfuerzos**.

La salud mental no puede analizarse al margen de las transformaciones que atraviesan nuestras sociedades. Tampoco puede abordarse exclusivamente desde una única institución o un único sector. Requiere una mirada amplia, capaz de conectar políticas, comunidades educativas, familias y entornos digitales dentro de una misma conversación.

Y ESTO ME LLEVA A LA ÚLTIMA IDEA QUE QUERÍA COMPARTIR: CÓMO PUEDE LA COOPERACIÓN CONTRIBUIR A AVANZAR CON RESPUESTAS MÁS ARTICULADAS Y SOSTENIBLES

Hoy contamos con **evidencia suficiente sobre cómo la salud mental** y el bienestar emocional están directamente relacionados con el aprendizaje, la permanencia escolar, la convivencia y, en última instancia, con el desarrollo de nuestras sociedades.

Sabemos también que muchos de los desafíos que enfrentamos en este ámbito ya no pueden entenderse exclusivamente desde una perspectiva nacional. La transformación tecnológica, la creciente exposición a entornos digitales, los cambios en las formas de socialización, la desinformación, la violencia o las nuevas expresiones de vulnerabilidad juvenil se manifiestan con intensidades diferentes en cada país, pero responden a dinámicas que son, en gran medida, compartidas.

Por ello, junto a las respuestas nacionales, resulta cada vez más necesario **fortalecer espacios de colaboración** que permitan aprender de manera conjunta, compartir conocimiento y acelerar la capacidad de respuesta de nuestros sistemas educativos.

Iberoamérica es una región diversa. Los contextos institucionales, las capacidades disponibles y las prioridades de cada país son distintas. Las respuestas no tienen por qué ser idénticas. Pero precisamente porque los desafíos son complejos y compartidos, las respuestas aisladas resultan cada vez menos suficientes.

La salud mental necesita más articulación. Articulación entre educación, salud y protección social. Articulación entre los distintos niveles de gobierno. Y también articulación entre países que enfrentan retos similares y que pueden beneficiarse mutuamente de sus experiencias.

Y es aquí donde **Iberoamérica tiene un valor añadido**. Somos una comunidad que comparte vínculos históricos, culturales y lingüísticos, y que dispone de una larga tradición de cooperación y construcción colectiva. Contamos con una enorme capacidad para generar conocimiento compartido, promover el diálogo técnico y político, aprender de las experiencias de otros países y construir respuestas comunes frente a desafíos que son cada vez más complejos y, al mismo tiempo, cada vez más compartidos.

No partimos de cero. El reto es transformar todo lo que ya sabemos en políticas sostenidas, capaces de articular educación, salud, protección social, familias y comunidad. Porque la salud mental no puede entenderse como una cuestión periférica ni como una responsabilidad exclusiva de un sector. Es una condición necesaria para el aprendizaje, para el desarrollo integral de las personas y para la cohesión de nuestras sociedades.

Más que añadir nuevas responsabilidades a la escuela, debemos ser capaces de construir sistemas educativos mejor acompañados, más conectados con su entorno y más preparados para responder a las necesidades de las nuevas generaciones. Porque la salud mental no puede convertirse en una nueva carga para la escuela. Todo lo contrario, debe ser una oportunidad para fortalecer comunidades y construir sistemas educativos más resilientes, más inclusivos y, en definitiva, más humanos.